

Chino o ruso da lo mismo -dije-, el asunto es que se vende -me quedé un momento pensativo-. Igual, ya sabíamos que algún día ocurriría.

-Sí -dijo el Tata-. ¿Pero no podrían haber esperado a que me muriera? -Al Tata la voz lo traicionaba. Estaba triste sin remedio.

-¿Pero ya se vendió? A ver... ¿cómo es la cosa? Contáme los detalles -dije con el mismo tono que usa mi padre cada vez que quiere enterarse de algo, a fondo.

-Todavía no. El Viejo Strómboli tiene que dar el sí definitivo pero según papá esta misma semana se decide el negocio.

Ahora sí el Tata había logrado deprimirme hasta el desconsuelo. -Estamos fritos -dije y afuera se largó a llover con todo como si el cielo acompañara nuestra pena.

Salve Luxor

Más que un cine, el Luxor era un monumento. La octava maravilla del mundo. Tan misterioso como las pirámides. Tan majestuoso como el Templo del cual llevaba el nombre. Clausurado al público por casi treinta años y parte de la historia de mi pueblo, "Las Casuarinas", y de nuestras cortas vidas, la del Tata y la mía.

A los pocos meses de heredar el cine el Viejo Strómboli había tomado la decisión de cerrarlo definitivamente dejando a la gente sin su entretenimiento preferido. Y así había permanecido el Luxor, oscuro y silencioso, sentenciado a muerte por su dueño.

A todos les dolía contemplar el querido edificio convertido en mamotreto y guardaban la esperanza de que algún día reabriera sus puertas.

Lo que nadie sabía era que aquel gigante seguía con vida, habitado por criaturas humanas y de las otras. En cada recoveco lucía adornos de telarañas. Las ratas lo recorrían sin descanso de arriba abajo y por el espacio aéreo cruzaban murciélagos,



algunos pequeños como aeroplanos ultralivianos sin plan de vuelo y otros, aceleradísimos como aviones de combate. Y por último, los pequeños habitantes: cucarachas, ciempiés y tantos otros. Era el Luxor, transformado en zoológico.

Finalmente habían llegado los bichos de dos patas, es decir, los chicos, otros chicos que mucho antes que nosotros habían disfrutado de las instalaciones sin pagar un centavo. Entre ellos, mi padre, con sus historias sobre sus correrías en el Luxor y su saludo, cada vez que pasamos frente a la fachada del cine: “¡Salve Luxor, fortaleza imbatible, nosotros tus defensores te saludamos!”.

Habían sido todos sus relatos los que terminaron de darnos la idea al Tata y a mí de apoderarnos de aquel espacio de maravillas.

En la empresa habíamos contado con otros participantes entusiastas. Mi hermano que para este tipo de actividades era de oro. Y la hermana melliza del Tata, Vero, que de mujer tenía el nombre nada más porque le encantaba engancharse en todos los juegos de varones. De lejos peleaba mejor y era más valiente que su hermano.

Hacía un tiempo, a mí mismo me había acertado un derecho en el mentón que me había dejado el cerebro temblando el resto del día. Y todo porque a ella, que no se destacaba por lo prolija, la habían obligado a arreglarse con motivo de una fiesta familiar y yo tuve la maldita idea de decirle que estaba bastante pasable. Ahí me llegó el trompazo y desde ese mismo instante juré que nunca más le diría nada parecido. Aunque me deslumbrara, me quedaría callado como una tumba.

Igual, a pesar de nuestras diferencias, los cuatro formábamos un equipo de primera dispuesto a embarcarse en cualquier locura que surgiera sobre la marcha.

La ciudadela

Así fue que un día, como asaltados de una inspiración repentina, decidimos invadir el Luxor.

No lo conocíamos por dentro. Solamente por lo que nos habían contado que no era lo mismo que verlo en vivo y en directo. Entonces, esa primera vez, como en una novela de suspenso, hubo que ir descubriendo cada lugar en la semipenumbra. Paso a paso.

A pesar de nuestros miedos, el hall de entrada nos resultó accesible. Ninguna sorpresa desagradable podía esperarnos ahí. De una sola mirada se abarcaba la boletería, la escalera que llevaba a los dos pisos superiores y luego la entrada a los baños de mujeres y varones. Todo estaba igual pero estropeado por el tiempo.

El Tata y yo íbamos adelante. Nos seguían, Vero, porque le habíamos prohibido abrir la marcha. Era demasiado temeraria para nuestro gusto. Y atrás, Teo. Tan juntos que parecíamos un solo cuerpo deformado y enorme.

De los baños salía un vaho ácido que mareaba. El único que

se atrevió a entrar fue Teo que siempre que llega a un lugar desconocido declara que “se hace pis” si no va al baño de inmediato. Es todo una historia con mi hermano. Él y su obsesión. Creo que si lo dejaran sería un gran coleccionista de inodoros y meaderos. Como sea, hubo que esperarlo. Salió, al rato, con cara de satisfacción, levantándose el cierre.

–Vamos –dijo–, ahora sí estoy listo.

Nos decidimos por la planta baja. El Tata empujó la puerta vaivén de la entrada y atrás lo siguió el resto. Ahí nos detuvo una cortina gruesa y pringosa. La evitamos como pudimos y lo que quedó a la vista nos quitó el aliento. Una sala enorme llena de butacas vacías, un escenario y una pantalla, todo para nosotros solos. Haces de luz atravesaban el espacio. Venían de algunas rendijas en las paredes y el techo. Allí se destacaba un cuadrado de gran tamaño, adornado por una guarda de ángeles y hojas en relieve. Papá me había contado que en las noches de verano aquel cuadrado fantástico se abría para que entrara fresco y si los espectadores miraban hacia arriba podían ver las estrellas.

De pronto apareció una rata seguida de otras y se produjo una estampida. Corrieron por el pasillo casi entre nuestras piernas y se perdieron en las primeras filas. Con esfuerzo retomamos nuestra posición y seguimos avanzando hasta alcanzar la pequeña escalera que conducía al escenario. Dos saltos y ya estábamos junto a la pantalla y allí empezó la función frente a un público invisible. Cantamos, bailamos y patinamos soñando con aplausos y gritos de entusiasmo hasta que una bandada de murciélagos se lanzó hacia nosotros y puso fin a aquella actuación lamentable. Nos tiramos desde arriba con peligro de errarle al piso y acabar dentro del foso, donde, siempre según papá, solía tocar una orquesta contratada para ocasiones especiales.

Pero que orquesta ni orquesta. Ya habíamos tenido bastante. Lo único que queríamos en ese momento era poner distancia

entre nosotros y aquel lugar único pero peligroso. Finalmente huimos por donde habíamos venido, hasta que estuvimos fuera del Luxor y a salvo de sus criaturas terroríficas.

Igual, no nos dimos por vencidos, ni por asomo. Ningún bicho por asqueroso que fuera lograría mantenernos a raya. Bastante tiempo habían disfrutado de aquel lugar a sus anchas. Nuestra hora había llegado. Así que a pesar de todo, regresamos. Con el tiempo se nos unieron Lucho y Tito. Y tantas veces volvimos que llegamos a conocer de memoria cada recoveco. De allí en más el Luxor se convirtió en nuestro castillo fortificado, por siempre amado y defendido a muerte.



¡Bingo!

El encuentro con el Tata y la noticia de la venta del Luxor me habían dejado triste y desanimado.

Volví casi a ciegas bajo la cortina de agua que ahora caía del cielo. El pelo y la ropa, ensopados y las zapatillas haciendo un plaf plaf lamentable.

Entré por el garaje, goteando a chorros y tratando por todos los medios de evitar la cocina. Igual era imposible. Sí o sí tenía que pasar por la puerta y arriesgarme a ser detectado. Felizmente el abuelo y mamá estaban enredados en la misma discusión de siempre. Mamá insistía en que el abuelo tenía que hacerse un chequeo de rutina pero él estaba emperrado en evitar al médico. Decía que muy probablemente le encontrarían alguna enfermedad si lo revisaban. Nadie lograba salir sano y salvo de una consulta. A lo que mamá respondió de muy mal tono que jamás había visto tanta ignorancia junta. Y el abuelo le retrucó que no le importaba nada porque de ignorancia no se iba a morir pero sí podía morir de un mal diagnóstico.

Los dejé a punto de saltarse al cuello y me fui a mi habita-